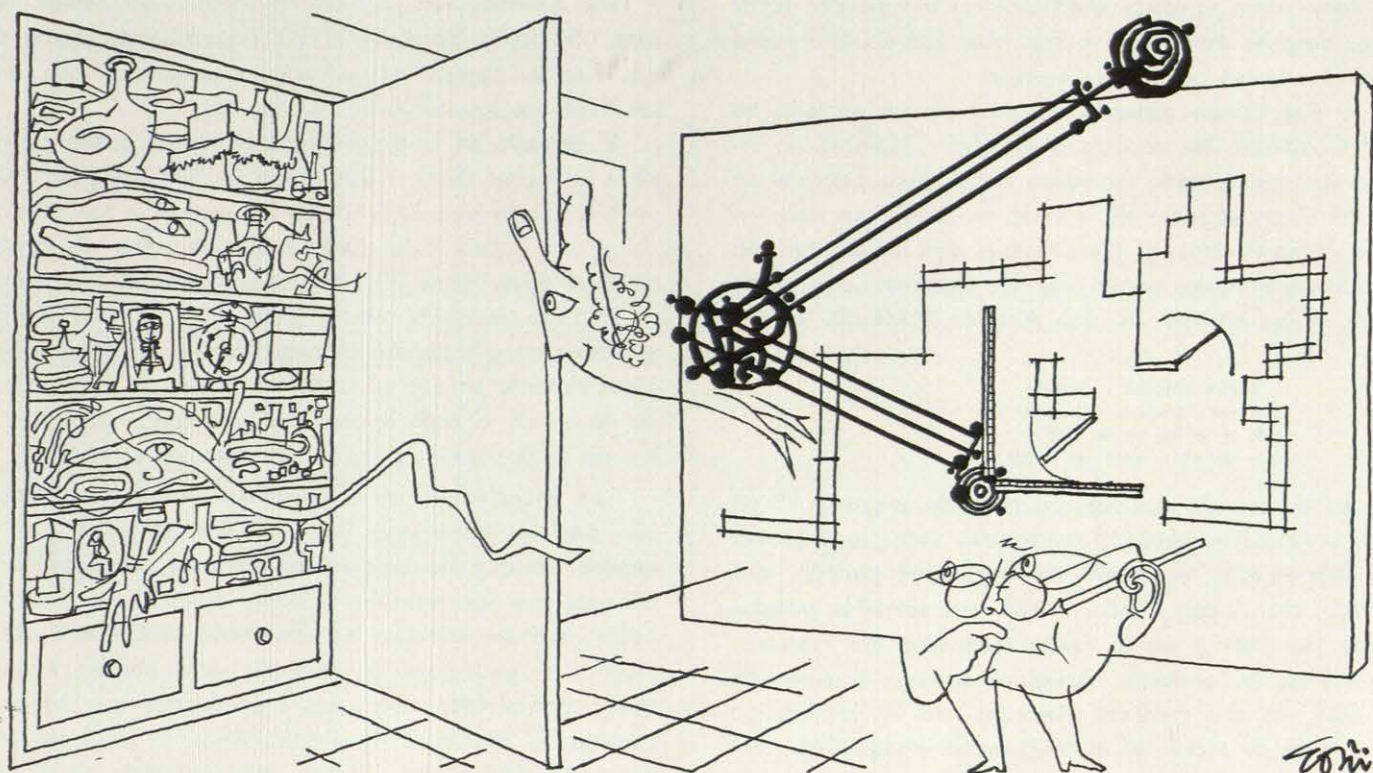




LO QUE USAMOS

CARMEN CASTRO

ARMARIOS

Leí una vez que en Japón—acaso también en China—toda vivienda bien habitada tiene su armario. Un armario-cronista familiar, en cuyo interior de laca, de plata, de madreperla, de bambú..., se van depositando a lo largo de los años los objetos símbolos: las cosas convertidas en prendas de recuerdo, cosas testigos de los aconteceres familiares. Este armario se abre los días cruciales en la vida de la familia, para ir refiriendo pieza a pieza lo que fue, lo que no fue, lo que pudo haber sido la vida de sus dueños. Me parece que esos armarios de Oriente son como las cajas que los marinos llevan siempre a bordo, y con las que anclan en tierra cuando les llega la hora de desembarcar para siempre. ¿Qué cajas? Marcel Proust refiere la misión de estas cajas como no puedo hacerlo yo. Es evidente. Y dice: "Capitán..., capitán, ya que ahora no puede amar, ni batirse, tal vez le distrajeran los libros, ¿cuáles le voy a comprar? Ninguno. Ningún libro; no pueden decirme nada tan interesante como lo hecho por mí, y puesto que me queda poco tiempo, no quiero nada que

distraiga mi recordar. Dame la llave de mi caja mayor, porque leeré lo que hay en ella a lo largo de los días. Y sacó cartas..., flores secas, objetos, notas suyas personales, fotografías desvaídas... Y todo eran cosas viejísimas, y había mujeres muertas, y algunas a las que no había visto desde hacía diez años... En todo ello había cosillas precisas de sensualidad o de cariño referentes a circunstancias de su vida casi insignificante, y, sin embargo, todo venía a integrarse en un inmenso fresco, que describía su vida sin referirla, tan sólo en su color apasionado, de una manera muy vaga y a la vez particularísima, con un gran poder conmovedor."

He aquí lo que puede hallarse en el recinto profundo de un armario.

El armario—el mueble en sí mismo—puede tener importantísima significación. Dudo mucho que ninguna mujer de acendrada burguesía consintiera en casarse, antes de nuestros "treinta", si en su alcoba no estaba presente, testigo, amparo... ¡Dios sabe qué

sentido le conferirían! el armario de luna. Parecía entonces que el célebre *pan y cebolla* del amor incondicional sólo podía tener sentido reflejado en la luna del armario. Parecía que sin la presencia de la luna—luna azogada entonces—no era posible constituir un hogar burgués más pobre o más rico, que en esto había poca discrepancia dentro del sector burgués.

He aquí lo que puede contener el alma de un armario en Oriente y en Occidente. He aquí lo que puede significar un armario de luna en determinado momento social. Pero estamos en otro clima, y en él pocas cosas de la casa, muebles, han sido tan funcionalizadas como el armario. Y era forzoso que así aconteciese. Pero ello es que los armarios tienen hoy, en ocasiones, una suerte muy semejante a las encinas de don Antonio Machado. La encina...

Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
sólo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede.

Así es la ley de la vida que rige en nuestros encinares. Y en las plantas de vivienda es verdad, demasiadas veces, que brotan los armarios—empotrados les dicen—en la esquina perdida, con el fondo torcido, con... con... con... Allá van armarios puestos donde la línea los pide y no la razón razonable del funcionamiento casero. Pero los armarios, cualquier armario, a pesar de sus formas raras, de sus medidas absurdas, de su localización disparatada, a pesar de todos los inconvenientes imaginables, son humildes vacíos que reciben cuanto se les quiera endosar. Y volviendo a Machado: "Ya bajo el sol que calcina"—léase: ya contra los tubos de calefacción que abrasan el interior del armario. "Ya contra el hielo invernal"... Los armarios nos devuelven en mejores o peores condiciones el contenido que les hemos endosado en sus vacíos complacientes.

Sin embargo, estos armarios del día también pueden ser y son infinidad de veces nuestros mejores auxiliares en el cotidiano vivir. Son cosas muy nuestras; tan nuestras que al cabo vienen a dar cuenta, si no dramática como en las casas de Oriente, si normalmente de las "cosas"—de eso que son las cosas de fulano o de fulana—que señalan el carácter de cada personalidad. Cuanto usamos son elementos de nuestro vivir, a los que hemos de estar atentísimos, porque sería grave que se volvieran contra nosotros y nos aniquilasen. Aludo a lo que sabemos todos: que las casas se pueden comer vorazmente a las personas que las habitan, y las dentelladas peores proceden de algunos de sus muebles. Las casas, con sus trastos, no dejándose trastear—como malos toros—han carcomido a más mujeres que la lepra. Y han deshecho cruelmente familias en aquellos años pasados en que todavía muchos ponen la Edad de Oro. Y no fueron aquellos años ni más ni menos áureos que los de ahora o los de antes.

Antes los armarios tenían muy poco que ver con la arquitectura, y sospecho que nada con los arquitectos. La traza de las casas—vacíos y vacíos—permitía siempre la instalación de armarios panzudos, copudos, alzados sobre patas, peligrosos. Antes un accidente casero frecuente era que un armario se cayese sobre la persona que estaba manipulando en su interior. ¿Quién se acuerda ya, si no lleva en propio cuerpo la cicatriz, de semejantes catástrofes caseras? Podría componerse un *ubi sunt...* acerca de los armarios, pero sería más bien una pieza de investigación arqueológica, y no una elegía cargada de nostalgia. Porque todas sabe-

mos que si una cosa buena hay en las nuevas casas son los buenos armarios, me atrevo a decir arquitectónicamente concebidos por los buenos arquitectos.

Los armarios son la clave del buen vivir casero. No necesitamos hoy lunas gordas que certifiquen la presencia en casa de una familia; necesitamos armarios organizados, que sean servidores fieles de los habitantes de la casa.

El armario es la pieza responsable del orden casero: esto no tiene la menor duda. Y sin orden no hay hoy posibilidad de casa vivible. Ciertamente que la limpieza ha pasado a ser cosa tan necesaria y tan insoslayable que no vale la pena de hablar de ella: como el agua, como el combustible, como la luz, como el aire... la limpieza es parte de la casa, que va sobrentendida en la palabra casa o vivienda. Hoy, en cambio, el orden casero importa esencialmente porque el espacio reducido lo exige. Sin la existencia de orden, el espacio que hoy se concede para vivir a las familias no sería vivible. El orden lo crean los armarios.

Los anunciantes, los constructores, los mismos arquitectos saben perfectamente que las casas con armarios son mejores de vender. Lo que no siempre acontece—y me duele insistir sobre ello—es que los arquitectos doten a las casas de armarios o de posibilidad de armarios sensatamente concebidos. Acontece que muchos de ellos padecen amnesias inconcebibles. Segura estoy de que pocos olvidan nunca las proporciones que hacen sin par el Partenón o una obra de Miguel Ángel o de Juan de Herrera... Pero son demasiados los que dan muestras de haber olvidado completamente la anchura de unos hombros humanos, la longitud del cuerpo, el diámetro de los platos en que, supongo, comen diariamente; en cuanto al bulto de una toalla doblada... la discreción hace preferible hablar con los arquitectos de las rectas curvadas del Partenón. Como en su mayoría son los arquitectos varones, entre nosotros, y las toallas pertenecen al género femenino, y están acostumbrados ellos a que las mujeres se pliegan a cualquier situación y circunstancia, sin duda que esos armarios, presuntos guardadores de la llamada *ropa blanca* casera, podrán contener no las tres toallas que les caben en realidad, sino las docenas reales y verdaderas de toallas que hay en una casa normal.

Un famoso arquitecto decía que el ideal para proyectar armarios es saber previamente las cosas que se van a guardar en él. El muy famoso era poco poético. La delicia de un armario "personal" es que nos reciba como un amigo, dispuesto a consolarnos en nuestras tribulaciones y a secundarnos en nuestras alegrías, y a guardarnos nuestros secretos, y ofrecernos el inmenso recinto de su amistad para albergarnos con nuestras cualidades y con nuestras flaquezas y aun vicios. Pero un armario, ¿hemos de considerar amigo nuestro a un recinto limitado, hueco...? Sí. Es forzoso trabar relaciones especialísimas con cuantas cosas pueblan la casa, y con la casa misma, si queremos que una arquitectura construida sea un hogar, nuestro hogar, la casa nuestra, aunque la disfrutemos en prestado.

Más o menos en toda vivienda debe haber previstos tres tipos de armarios. Los armarios que forman parte de la construcción misma de la vivienda, los armarios que pueden disponerse en el lugar de antemano previsto para ellos en la vivienda, es decir, armarios no del todo inmuebles, pero muebles tan ligados al inmueble que difícilmente podrían no existir. Y en fin, los

armarios muebles, piezas que sirven para organizar un recinto habitable y son especialmente adecuados para guardar en su interior incluso lo que guardaron inicialmente, que fueron las armas, de las cuales recibieron su propio nombre de armarios, en la primera mitad del siglo XIII. Labradas, pintadas en sus puertas, los armarios ostentaron durante mucho tiempo las armas, o sencillamente los nombres de sus dueños.

Se dirá que hay viviendas en que el armario parece una redundancia, puesto que ellas no son sino el armario en que se meten a vivir, doblando el cuerpo como sea preciso, los componentes de una familia. Anaqueles en la pared son las camas: a niño por anaquel, caben cinco en cada lado de una habitación. Y nunca se vio armario mejor alhajado.

Estas viviendas-armarios-para-personas se dan en los dos extremos de la escala social, y quede aquí constancia de que me niego a denominar "sociales" las viviendas destinadas a los económicamente débiles. Un día los villanos fueron los habitantes de las villas, de las pequeñas ciudades. Y sabido es lo que aconteció con la palabra. En nuestros días la palabra social lleva camino de dejar su columna en el Diccionario de la Española y pasarse al de Camilo José Cela. Lo malo no es este futuro Diccionario de C. J. C. Lo malo es tener que hacer uso—el que tuviere que hacerlo—de las palabras allí consignadas. Digo, pues, que se destinan a los económicamente débiles viviendas en las que no hay modo humano de alojar armarios en que se guarden las pocas ropas familiares y las cosillas personales de la familia. Y se destinan asimismo a los supremamente fuertes, por razón de divisas, unos apartamentos de gran lujo, en los que se da por supuesto que estos tales, arrepentidos de su mundanal vivir, se retiran a llevar vida de monjes descalzos y mendicantes, de los que cada día sólo pueden mendigar lo que les permita justamente no morir de inanición, porque pretender que puedan guardar lo mendigado un día para el siguiente, como no sea en la terraza puesto, ¿dónde? Tal vez este tipo de viviendas en los que sólo entran las personas con lo puesto y cepillo de dientes son una lección para todos. No sería malo que así viviéramos mundo adelante. Pero así no vivimos, ni pienso que vayamos a vivir en algunos años, sobre Tierra al menos.

En toda vivienda deben poder alojarse las personas con sus prendas personales desmontables, y los trebejos y trastos necesarios para el cotidiano vivir.

Pienso—siempre lo he pensado—que en la Escuela de Arquitectura falta una enseñanza práctica: "Vivir la casa habitada." Estoy segura de que la mayoría de los futuros arquitectos se han visto rara vez en el trance de hacer funcionar una casa habitada durante semanas consecutivas. Porque sólo tras la experiencia habida en el manejo de los electrodomésticos todos y de la cocina y la mesa, la nevera y las camas... sólo al cabo de unos días de haber visto que la puerta de la nevera no debe tropezar con... ni el armario de los vasos puede estar cerca de..., etc. Sólo entonces sabrán a ciencia cierta dónde debe estar cada armario y dónde cada aparato, y etc. En la Escuela Diplomática se enseñan muchas cosas menudas: a poner p. m. en una invitación o p. p. c. en una tarjeta, por ejemplo. Y a los músicos y a los actores se les enseña a no estornudar mientras actúan, de manera que su actuación quede afectada por tan pequeño contratiempo.

Creo que la frase famosa de Le Corbusier sigue teniendo sen-

tido, si no el primitivo, uno claro: la casa debe funcionar como una máquina, como el artefacto que tenemos para llegar a fin de día todos los días, y al fin de la jornada cuando quiera Dios. Como en los vehículos espaciales, en las casas debe estar previsto que quienes hacen en ellas el viaje por el tiempo no tengan que perderlo en tropezar una vez y otra con deficiencias previsibles. Ya es bastante que la imaginación creadora de las amas de casa se consagre a inventar un tiempo para la casa del que, reloj en mano, es obvio se carece; y a "inventar" eso que se pone encima de la parrilla para dar de comer filetes a las personas. En verdad esta imaginación creadora de quienes son amas de casa les fatiga muchísimo, y es conveniente aliviarles el vivir por el lado de los armarios facilitadores de la instalación del orden a domicilio.

Vengamos a otras entidades menos comprometidas para los arquitectos: los armarios personales. Estos armarios tienen una dimensión mucho más importante que sus medidas interiores, y es su dimensión de nuestros. Los niños, los adolescentes en grado máximo necesitan sentir que hay en sus casas una parte del todo suya: la parte del armario o armarios que les pertenece. Nos prolongamos inconscientemente en nuestra ropa, en nuestras cosas de uso personal, sobre todo mientras crecemos. Luego, es evidente, la vida se prolonga más en personas, cosas, gustos, aficiones, trabajo, creaciones... Hasta que de nuevo, con los años, se va recortando el radio de acción que abarcamos y las cosas personales, cercanas, vuelven a ser parte integrante de la propia vida personal. Los mayores grandes necesitan tener a su alcance, y en lugar suyo, las cosas que el capitán desembarcado, en el relato de Marcel Proust, tenía en su "gran caja" marinera.

Los armarios son esenciales para que la casa—sin espacio hoy—no sea un caos invivible, un contratiempo continuo que retrase y desajuste el vivir de todos cuantos la habitan.

Los armarios son espacios personales, no secretos, pero si íntimos, en los que se encierran prendas misteriosas, verdaderos tesoros que mantienen asentada en sus goznes la personalidad de cada persona.

Los armarios de luna se pensó inclusive que fueran símbolos mágicos contra esas brujas en las que no debe creerse, pero sabido es... ¿Quién, si no son ellas, esconde las cosas en la casa y rasga las lunas en diagonal?

Los armarios, no mágicos, siguen siendo con o sin luna, intimidantes, porque revelan de modo inaudito la intimidad de su usuario. No debería aceptarse la amistad de una persona sin haber abierto de par en par la puerta de sus armarios. Porque en el interior de un armario de ropa, de un armario personal, están dichos a gritos, o en balbuceo, las inquietudes, los temores, la serenidad también de la persona cuyo es el armario.

Las cosas, las cosas todas de un armario, y el armario mismo, no rompen a hablar hasta que nos encontramos con ellas. Pero entonces se produce lo que James Joyce llama la "epifanía de las cosas". ¿De qué hablan las cosas? De las personas. ¿Con quién hablan las cosas? Con todo el que sepa escuchar su voz expresiva, sin duda alguna.

Llevo un día metida en armarios. Es invierno ahora, y yo sólo en otoño entro a fondo armarios adelante. Pero si tras tanto hablar de armario algún arquitecto considera tan sólo la anchura de sus propios hombros, este día de armarios habrá sido el más satisfactorio de todos los que yo llevo vividos.